

ÍNDICE de ARTÍCULOS

Jabes	Wm. Rogers
Pablo, el Evangelista (3a. parte)	R. Surgenor
Justificación	P. Simms
La Rebelión de Efraín	S. Saword
Retratos de Cristo en Isaías	J. Flanigan
Obituario de Moisés	J. E. Todd
La Obra Maestra de da Vinci	

Jabes

William Rogers

La historia en 1 Crónicas 4:9, 10 de Jabes y su oración, no es más que una de una serie de digresiones similares que aparecen entre las genealogías de este libro, y comparándola con algunas de las otras la entenderemos mejor. Por ejemplo, al final del mismo capítulo está la historia de una guerra victoriosa peleada por ciertos hijos de Simeón, y en el capítulo 5:18-22 de otra peleada por las tribus que habitaban más allá del Jordán. Estas campañas tuvieron el propósito de tomar posesión de la tierra que Dios les había prometido, y por lo tanto fueron conforme a Su voluntad. En el capítulo 5:22 leemos que *"la guerra era de Dios"*, y en el versículo 20 del mismo pasaje se dice, *"clamaron a Dios en la guerra, y les fue favorable, porque esperaron en Él"*. Aquí, como en el caso de Jabes, tenemos una oración contestada; y cuando observamos que se trataba de una victoria que significó la expansión de las fronteras que estas tribus ocupaban, tenemos una clave de lo que Jabes buscaba cuando pidió que su "territorio" o frontera, pudiera ser ensanchado. No es que su pequeña granja debería aumentar a expensas de las que pertenecían a sus hermanos, ni de sus vecinos israelitas; sino sin duda que él sería ayudado y se le permitiría despojar a los cananeos de algo más de la tierra a la que todavía se aferraban, y que Dios quería que Su pueblo Israel tuviera.

Fue así que Jabes fue *"más ilustre que sus hermanos"* (v. 9). Ellos, muy probablemente, se establecieron en lo que se había ganado para ellos por el valor de sus predecesores, y pensaron que si lo mantenían intacto lo estarían haciendo muy bien. Sin embargo, Jabes creía en el progreso, y fue por él de todo corazón.

La afirmación que hizo de *"El Dios de Israel"*, y la primera frase de la misma oración, *"¡Oh, si me dieras bendición!"*

ambas nos llevan de regreso en pensamiento a aquél de quien se deriva el nombre de Israel, y quien, en la misma ocasión cuando obtuvo ese nombre, había clamado, *"No te dejaré, si no me bendices"* (Gen. 32:26-28). A ese mismo, en una vez anterior, Dios había dado una bendición memorable, consistiendo principalmente en dos grandes promesas. Una de ellas fue que la tierra le sería dada a él y a su descendencia, y que se extenderían al occidente, al oriente, al norte y al sur; la otra era que Dios mismo estaría con él y lo guardaría. Ahora, es un hecho interesante que la oración de Jabes contiene dos peticiones que son exactamente paralelas a estas dos partes de la bendición de Jacob. Parece haberse dado cuenta que, ya que Dios quería que Israel fuera un pueblo que se dispersara, había una responsabilidad yaciendo sobre él, Jabes, para hacer algo de dispersión. Por lo tanto, él pide, *"¡Oh, si me dieras bendición, y ensancharas mi territorio!"*. Y dándose cuenta que *"la presencia del Dios de Jacob"* (Sal. 114:7) con él podría sólo darle éxito, añade, *"si tu mano estuviera conmigo, y me libraras de mal, para que no me dañe"*. Así reclama el cumplimiento en él mismo, personalmente, de ambas promesas de Génesis 28, mostrando ser un verdadero hijo de Jacob, a pesar de que extrañamente, su genealogía real se omite completamente del pasaje.

Pero si Jabes buscó el cumplimiento de la bendición de Dios que *"no añade tristeza"* (Prov. 10:22), él también temió Su maldición, por la que la MALDAD y el DOLOR están inseparablemente unidos entre sí. En Gen. 3 Adán y Eva experimentaron esto a su costo. La maldición de Dios sobre ellos fue, *"Con dolor darás a luz los hijos"*, y *"con dolor comerás de ella"*. La madre de Jabes había sentido en su tiempo algo de este dolor, y el nombre Jabes que ella le

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

había dado, y que estaba formado de una palabra similar a la usada en Gen. 3 para dolor, era un recordatorio constante del hecho. Así que él termina su oración con “*si... me libraras de mal, para que no sea mi dolor*” (R.V.). Otro en el Sal. 139 había pedido algo parecido, “*Pruébame, y ve si hay en mí camino de perversidad*” (N. del T. o'tseb, “camino de dolor”).

Después de haber entendido con cierta claridad las circunstancias y significado de la oración de Jabes, seremos más capaces de sacar de este pequeño párrafo, puesto como un oasis en un desierto de nombres difíciles, lo que Dios quiere que aprendamos. En primer lugar, podemos estar seguros que Él quiere hoy que Su pueblo sea un pueblo que se extienda, así como lo quiso para Israel, aunque no en el mismo sentido. Su voluntad es que los que han recibido la vida del cielo aprovechen cada oportunidad para transmitir el mensaje de vida a otros, para que ellos a su vez puedan recibirla también. También es Su voluntad que Sus santos estén continuamente aprendiendo más y más de Sus propósitos con respecto a ellos, que exploren en toda su longitud y profundidad la buena tierra en la que Él les ha traído. ¿Estamos haciendo estas cosas, o nos hemos sentado a disfrutar lo que otros han trabajado, sin sentir ninguna responsabilidad en lo absoluto? Debemos tener cuidado con esto, porque cuando los israelitas dejaron de dispersarse, fue muy poco tiempo hasta que las naciones a su alrededor comenzaron a quitarles lo que ellos ya tenían, y puede ser que algo parecido esté ocurriendo actualmente entre el pueblo de Dios. Las verdades que se aprendieron y que se mantuvieron firmes en años pasados, ¿son apreciadas ahora como lo solían ser? ¿Nuestras asambleas están creciendo en número y en espiritualidad como lo hacían antes? ¿No están, por lo menos en algunos casos, disminuyendo casi hasta al punto de la extinción? Sin embargo, es en circunstancias como éstas en las que un Jabes tiene la oportunidad de probarse a sí mismo “*más ilustre que sus hermanos*”, manteniéndose firme en las promesas de Dios a Su pueblo, clamando su cumplimiento en sí mismo, y así seguir avanzando donde otros retroceden. La mano de Dios estará otra vez con tales, como lo fue con Jabes en 1 Crónicas 4.

Necesitamos ser recordados que el vínculo entre el hacer mal y el dolor no ha sido quitado; aunque, a juzgar por sus acciones, algunos de los del pueblo de Dios parecen creer que lo ha sido. Se persuaden a sí mismos que ellos podrán hacer algo malo, o dar un paso en falso, y aún así escapar del castigo. Como el hombre en Deut. 29, dicen, “Tendré paz, aunque ande en la dureza de mi corazón”. Pero no olvidemos que se ha escrito para los santos del Nuevo Testamento, “No os engaños, Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”.

Si por el contrario, estamos ansiosos, como Jabes, de ser librados del mal, para que no nos cause dolor, no puede haber camino más seguro para nosotros que el que Jabes trató de andar, el camino del progreso en los caminos de Dios y en Su obra. El que está en un punto muerto, o está en reposo, es una presa fácil para Satanás; pero el que está ocupado ensanchando su territorio, no tiene tiempo para hacer fechorías.

(WIS 1920)

“La persona que tiene un profundo sentido de la santidad de Dios será lenta para pecar, Y más lenta para decir que no tiene pecado”.

W. Lincoln

Pablo, el Evangelista, 3ª parte

Robert Surgenor

El Mensaje de un Evangelista

En los días de Pablo, la distribución de literatura impresa era inexistente, pero el Espíritu proporcionó maneras para que el evangelio llegara efectivamente a los cuatro rincones de la tierra. El método se explica en 13 palabras. “*Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación*” (1 Cor. 1:21). Considere la palabra “locura”. La palabra significa “absurdo”. La palabra “predicación” significa, “*una proclamación, ser heraldo como un pregonero público*”. En otras palabras, cuando un hombre se levanta como un heraldo de Dios, se levanta con dignidad y autoridad, y en términos inequívocos declara públicamente el evangelio de Cristo. Mientras escucha el inconverso, la declaración completa parece absurda. No hay locura en la predicación, pero la predicación parece una locura (absurdo) en la mente del oyente.

Entonces, ¿qué se necesita para convencer al oyente que lo que está escuchando es un mensaje que da vida? ¡Se necesita el Espíritu de Dios! En la entrega del mensaje algunos predicadores son “predicadores rascacielos”. Ellos

tienen un montón de historias. Dígame, ¿cuántas historias dijo Pablo en sus mensajes registrados del evangelio? Ahora, por favor, no me acuse de ser buscador de faltas. Sólo estoy tratando de mostrar cómo predicó Pablo. Puedo entender utilizar una historia aquí y allá, pero yo no veo a Pablo usando ese método. Spurgeon comentó que una historia era como una ventana que deja pasar un poco de luz. Sin embargo, si ese es el caso, entonces algunos hermanos han construido un invernadero en la predicación. Todo historias, todo ventanas. Por lo general, cuando usted escucha un sermón-invernadero, tiene muy poco peso, si acaso tiene alguno. Puede entretener al oyente o apelar a la inteligencia, pero no hay nada para aferrar al alma con poder convincente.

Pablo vio la absoluta necesidad de la guía y el poder del Espíritu Santo en la entrega de un mensaje del evangelio. Él se levantó ante la gente de Corinto *“con mucho temor y temblor”*. Él era un hombre inteligente, y conocía las Escrituras. ¿Cuál era su problema? El problema era que sabía que su capacidad intelectual era inútil para ganar almas para Cristo. Él vio la necesidad de utilizar *“palabras persuasivas de humana sabiduría”*. Este gran hombre se dio cuenta de la absoluta necesidad del poder y demostración del Espíritu en su declaración (lea 1 Corintios 2:1-5). Separado de esto, su mensaje caería al suelo sin notarse. Si recurriera al intelectualismo, podría resultar en falsos profesantes. El poder intelectual es la mente del predicador impartiendo hechos a la mente del oyente. Tal actividad puede ser denominada *“razonamiento humano”*. No, no, nunca haría eso. Pablo dijo, *“nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre”*. ¿Cuál fue el resultado? *“Os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero”* (1 Tes. 1:5,9). Ellos tenían la plena certidumbre de que el evangelio era verdad, y que la remisión de pecados puede obtenerse a través de la fe en Cristo.

Por lo que puedo ver en las Escrituras, Pablo nunca utilizó el teatro, o hizo reír a la gente, o contó historias aparte de las relacionadas en las Escrituras. Yo denomino tal actividad como predicación *“sugestiva para el alma”* o *“síquica”*, que influye en las emociones del oyente. Observe a Pablo ante Félix, disertó, *“acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero”* (Hechos 24:25). *“Justicia”* indica que él predicó la doctrina acerca de la forma en la cual un hombre puede alcanzar un estado aprobado por Dios. *“La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él”* (Romanos 3:22). Se proclamó el *“Dominio propio”*, con lo que trajo ante Félix su modo pecaminoso de vivir, su condición culpable ante Dios. *“Juicio venidero”*, Pablo da el golpe final, declarando fielmente a Félix y a su impía esposa que el resultado de su condición ante Dios ciertamente traería sobre ellos el juicio

de Dios y las consecuencias eternas. En otras palabras, Pablo razonó con ellos sobre cómo puede ser salvo un hombre, y constituido justo. También les hizo saber su condición pecaminosa, y las consecuencias funestas.

En Hechos 26:22, cuando Pablo compareció ante Agripa, le hizo saber que a través de su carrera de predicador él había obtenido auxilio de Dios. Esto es imprescindible para la eficacia. Él dio testimonio, *“no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder”*. ¿Dónde están sus hechos sobre los acontecimientos actuales? ¿Dónde están las mundanas historias sentimentales? ¿Dónde están sus historias para hacer llorar? ¿Dónde están sus bromas? ¡Son absolutamente inexistentes! Aquí encontramos el ejemplo de sana predicación bíblica, con poder del Espíritu. Señor predicador, aquí está su mentor. Observe a este hombre de Dios, tome sus métodos y cópielos en su programa. Se observa fácilmente que el tema principal en la predicación de la primera iglesia consistía en cinco temas principales: (1) Pecado. (2) Arrepentimiento. (3) La muerte de Cristo. (4) La resurrección de Cristo. (5) La fe en Cristo para salvación.

Los evangelistas como Pablo definen el pecado, indicando lo que es. Ellos hacen resonar fuertemente los resultados finales del pecado, que es el confinamiento en el infierno y después en el lago de fuego. La declaración es sobria, y solemne. No hay expresiones floridas, o historias absurdas. Tales hombres proceden entonces a entregar el mandato de Dios para que los hombres se arrepientan. Observe a Pedro en el día de Pentecostés cuando los pecadores le preguntaron, *“¿qué haremos?”*. La respuesta vino de regreso en términos claros, *“Arrepentíos”*. ¿Qué es el arrepentimiento? Es detenerse y pensar de nuevo. Es tener un cambio de mente. Es pensar de las cosas tal como Dios las ve.

Observe también a Pedro en Hechos 3:19. *“Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados”*. ¡Qué necesario predicar el arrepentimiento, porque sin arrepentimiento no puede ser impartida la salvación! El Señor lo declaró claramente, *“si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente”* (Lucas 13:3).

Considere a Pablo en Atenas. ¿Qué es lo que predicaba? Observe. *“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”* (Hechos 17:30). ¿Qué les anunció en Damasco, y en Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y luego a los Gentiles? *“Que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento”* (Hechos 26:20). Me he sentado en reuniones del evangelio donde nunca ha sido mencionado el arrepentimiento. ¿Qué está mal? Ellos están fuera de la base, el predicador ha errado el blanco. Esto ciertamente es triste. ¡Dios lo manda! ¡Debemos predicarlo, sin lugar a dudas!

La Resurrección de Cristo

Es muy interesante notar que la resurrección de Cristo se enfatizó con más frecuencia que la muerte de Cristo en la declaración del evangelio de la primera iglesia. Usted puede tener una muerte sin una resurrección, pero no puede tener una resurrección sin una muerte previa. Por eso, cuando se predica la resurrección, se incluye también la muerte de Cristo. Sin la resurrección, Jesús hubiera sido un impostor, por lo tanto la resurrección se enfatiza para asegurarles a todos que este Hombre Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios, el Salvador del mundo.

El primer mensaje entregado por una iglesia del Nuevo Testamento es registrado en Hechos 2, y el portavoz es Pedro. ¡Qué tremendo mensaje! No hay notas, no hay historias, no hay bromas, sino sólo un sencillo mensaje bíblico entregado en el poder del Espíritu Santo. Él pone la acusación a su audiencia, *“prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole”* (v. 23). ¡Qué acusación! ¡Puso el pecado justo a sus pies! ¡No hay “corrección política” aquí! ¿Qué más directo podría ser un predicador? ¿Estaba preocupado por herir sus sentimientos? ¡Ni un poco! Él estaba dando un mensaje de Dios y lo estaba entregando en el poder del Espíritu Santo. Luego procede, *“al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella”* (Hechos 2:24). Encontramos el mismo tema en la predicación de Pablo. *“Y habiendo cumplido todas las cosas que de él estaban escritas, quitándolo del madero, lo pusieron en el sepulcro. Mas Dios le levantó de los muertos”* (Hechos 13:29-10).

Sí, *“con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús”* (Hechos 4:33). Por lo tanto el Señor Jesús fue *“declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”* (Rom. 1:4).

Después de proclamar el pecado, arrepentimiento, la muerte y resurrección de Cristo, entonces, y no hasta entonces, se declaró la solución al problema del hombre (pecado). Esta declaración era poner la fe en Cristo para salvación. ¡Esas son las buenas nuevas, ese es el evangelio! Pablo testificó, *“a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo”* (Hech. 20:21). Pablo explica de *“la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia”* (Rom. 3:22). Le dice al carcelero en Filipos, *“Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”* (Hechos 16:31). Esa era una observación preparatoria, porque no fue hasta que Pablo fue a su casa y le habló de la palabra del Señor que el hombre profesó. Cuando Pablo predicó a la orilla del río, el Señor abrió el corazón de Lidia, para que ella atendiese a las cosas que eran dichas por Pablo. El Espíritu Santo le hizo entender el

mensaje, por lo tanto, ella puso su fe en Cristo y fue salva. La palabra creer transmite la idea de poner su confianza en Cristo. Recibirlo se usa en Juan 1:12. Poner la fe, confiar, recibir, creer, depender, y tomar, todas básicamente transmiten la misma idea.

¿Qué pasa con “creer”? Robert Sandeman navegó a Boston de Glasgow el 18 de Octubre de 1764. Él enseñó que el mero conocimiento intelectual es la esencia de la fe que salva, la fe que salva es la “simple creencia de la simple verdad, la regeneración acompañada de la aceptación intelectual a la verdad central de la fe cristiana, es decir, que Jesús de Nazaret es el Cristo y que Él murió y resucitó por los pecadores”. Por lo tanto, Sandeman afirmaba que la fe salvadora se reducía a la aceptación intelectual de la proclamación del evangelio sobre Cristo. Esta doctrina completa también se le llama, “Cree-ismo”.

Levantarse y proclamar a una audiencia, “Cree, sólo cree, cree, cree, cree”, es algo muy peligroso. El “predicador Sandeman” suplica a los pecadores, “sólo ejercita la fe que cree en Cristo y serás salvo. Sólo cree, sólo cree”. Entonces, ¿qué hace el pecador? Porque él se dice a sí mismo, “Eso es fácil. Claro, voy a creer los hechos”. ¿Qué ha sucedido? Bueno, él ha aprobado mentalmente los hechos y entonces piensa que es salvo. No ha habido roturación del alma. No ha habido convicción de sus pecados. No ha habido lágrimas de arrepentimiento, sino que ha llegado al punto donde está de acuerdo con la Biblia y cree lo que el predicador ha estado diciendo. Ahora los considera hechos, no fábulas. Pero esta aceptación mental e intelectual ciertamente no es salvación. Todos estos “creyentes” sólo se convierten en pecadores educados en las verdades divinas.

¿Recuerda lo que escribió Juan? *“Muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos”* (Juan 2:23,24) Ellos tenían un reconocimiento natural de los hechos, pero Cristo no tenía fe en su fe. También observe Hechos 8:13-23. Un hombre importante llamado Simón había creído y fue bautizado. Evidentemente no sólo se engañó a sí mismo, sino que engañó a Felipe el evangelista. Sin embargo, cuando el apóstol Pedro llegó a la escena, la profesión de Simón se vino abajo, y Pedro le dijo claramente, *“Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad”*. Así vemos el “cree-ismo” en acción, algo muy peligroso. Me temo que hay muchos Sandemans hoy, gente que sólo ha aceptado los hechos, pero no ha habido obra del Espíritu Santo en sus almas.

Por esta razón, es un error seguir exhortando a los pecadores a “sólo creer”. Creer, creer, creer, ¡Ah, eso es todo! Pero, ¿cuál es el resultado final? Por lo general, ¡se produce un falso profesante!

Otro error en la evangelización de hoy en día es decirles a los pecadores que si ellos reciben a Cristo, todos sus problemas

se solucionarán. Su matrimonio mejorará, y todo lo que ellos toquen se “convertirá en oro”. ¡Qué engaño! De hecho, es más bien lo contrario, especialmente si su pareja matrimonial no es salva. Inmediatamente se produce una división en el hogar. Cristo nos advierte de esto. “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa” (Mateo 10:34-36).

Pablo exhortó a los creyentes “a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hech. 14:22). Los pecadores deben ser advertidos de las consecuencias de la salvación, pero también decirles de los beneficios eternos. El Señor Jesús fue muy claro en esta forma de presentar la salvación. Cuando las grandes multitudes fueron con Él, se volvió a ellos y les dijo, “Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Luc. 14:28,33).

En los días de Pablo, la gente que profesaba a Cristo como Señor estaba en peligro de mucha persecución. Los hermanos judíos experimentaron el despojo de sus bienes por el gobierno romano. Ellos lo tomaron con gozo (Heb. 10:34). Los cristianos fueron quemados vivos. Algunos fueron arrojados a las fieras. Los judíos cristianos fueron excomulgados de sus familias. ¿Usted cree que los pecadores, sabiendo esto, iban a profesar a Cristo falsamente, mediante una creencia intelectual de la verdad? ¡Difícilmente! Los creyentes superficiales serían muy escasos. Lo Único que podía hacer a un pecador recibir a Cristo en aquellos días era el poder acusador del Espíritu. Siendo acusados por sus pecados, y al ver que se dirigían al castigo eterno, estaban ansiosos por depositar su confianza en el Señor Jesús para la salvación, sin importar cuáles pudieran ser las consecuencias terrenales.

Así que, el evangelista se levanta, una sola persona. Enviado por el Espíritu. Guiado en sus movimientos por el Espíritu. Con poder del Espíritu en su predicación. Salomón dijo que el predicador debe buscar palabras aceptables. Pablo usó un acercamiento diferente a los judíos que a los gentiles en Atenas. Él introdujo el evangelio a los judíos trazando la historia de su nación (Hechos 13:14-26). A los filósofos de Atenas les habló del “DIOS DESCONOCIDO”. Un enfoque diferente completamente al de los judíos. Pablo era un hombre sabio. El mensaje siempre guía a Cristo, pero hay muchos caminos a tomar para llegar al mensaje vital, que siempre es el mismo – “Cristo crucificado”.

Al final del ministerio de este hombre tremendo, él podía decir, con confianza. “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Tim. 4:7). Al cierre trasmitimos el deseo de Pablo para todos nosotros. “Sed imitadores de mí, como yo de Cristo” (1 Cor. 11:1).

Hace algunos años un hombre murió en Londres que vivía en un desván, y no tenía ni dos camisas para usar; murió, ¡y dejó más de un millón de libras esterlinas! Usted diría que estaba loco. Así lo estaba, pobre hombre.

El amor al dinero lo hizo un avaro y un loco. Pero nosotros no somos mejores, si, con todos los recursos de Dios, todas las riquezas insondables de Cristo a nuestra disposición y al alcance de nuestra fe, dejamos de venir al Trono de la Gracia y hacerlos nuestros.

Justificación

Peter Simms

Rom. 3:24; 5:1; 5:9; Stgo. 2:21-26; 2 Cor. 5:21

Las escrituras ven al hombre natural en Adán como culpable de actos criminales (Rom. 3:19), y como alguien que ha vivido su vida fuera del perímetro de la ley de Dios (Rom. 1:18-32; Ecl. 7:20).

La justificación significa una absolución, una liberación de todo cargo, junto con una declaración positiva por Dios el justificador (Rom. 3:26), que cualquier criminal que cree en Jesús es declarado justo (Rom. 5:1). El ofensor no está más bajo ninguna obligación de compensar a Dios por la violación de Sus leyes que él ha roto. Este es el resultado glorioso de la gran verdad de la redención. ¡LA LIBERTAD! Primero, en un sentido negativo, “Ahora,

pues, *NINGUNA CONDENACIÓN hay para los que están en Cristo Jesús*” (Rom. 8:1), en segundo lugar en un sentido positivo, “*Al que no conoció pecado, por nosotros (Dios) lo hizo (a Su Hijo) pecado, para que nosotros fuésemos hechos JUSTICIA DE DIOS en Él*” (2 Cor. 5:21).

¿Qué significa la justificación para Pablo? El acto de Dios de perdonar los pecados de los hombres culpables, e imputándoles justicia gratuitamente por su gracia, mediante la fe en Cristo, y no por sus propias obras (guardar la ley), sino a través del derramamiento de sangre justificador (Rom. 3:24) del Señor Jesucristo en su nombre.

La justificación puede ser considerada bajo los siguientes cuatro apartados:

Justificación por gracia: (Rom. 3:24) “*siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús*”. Es algo que nadie merece, y que nunca puede ser ganado.

Justificación por sangre: (Rom. 5:9) “*Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira*”. Porque la ira de Dios contra el pecador se ha desviado al Señor Jesús, quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (1 Ped. 2:24).

Justificación por fe. (Rom. 5:1) “*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*”.

Justificación por obras. (Stgo. 2:24) “*Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe*”.

La Justificación es por la Fe, aparte de buenas obras o por guardar la ley.

¿Puede un hombre no salvo hacer bien? Gen. 4:7 (Hebreo katab ‘yaw-tab’), “*Si bien hicieras*” (o hacer lo bueno). Mat. 19:16-22, “*¿Qué bien haré para tener la vida eterna?*”. Ahora bien, si es imposible para un pecador hacer bien, ¿debería el Señor Jesús haberle respondido como lo hizo? Por supuesto. Él estaba respondiendo a la pregunta con el fundamento que el hombre tomó ante Él, y fue encontrado falto.

Rom. 2:14-15: Si una persona no puede responder a su conciencia y hacer bien, ¿cómo puede Dios juzgarlos por no obedecer a su conciencia, y hacer bien?

Rom. 3:12: “*No hay quien haga lo bueno*”. Hacer habitualmente lo bueno y nunca pecar es de hecho una imposibilidad para el hombre natural. (Ecl. 7:20, Rom. 3:23, 1 Juan 1:10)

¿Puede el inconverso obtener el favor de Dios haciendo buenas obras? Isaías 64:6 declara que las buenas obras, cuando se usan para alcanzar este fin, son contadas por Dios como trapos de inmundicia, ya que sugieren que la provisión de Dios en Su Hijo no es suficiente.

Santiago 2:10 declara que romper un mandamiento es romperlos todos. Es así como solamente se necesita romper un eslabón de la cadena de la que cuelga un candelabro, para permitir que se estrelle para su ruina en el piso. A modo de ejemplo, suponga que una pepita de oro de más de doscientos kilos en una maleta es mía si puedo cargarla ocho kilómetros sin bajarla. Una tarea imposible. De la misma manera, tratar de guardar la ley para ganar un lugar en el cielo es también completamente imposible.

¿Están relacionadas las buenas obras con la salvación? Ef. 2:10 declara que somos salvos para buenas obras, pero nunca por ellas. Heb. 5:9, “obedecen” es un participio presente activo. Una persona es salva por obedecer el evangelio. Stgo. 2:14, 20-24, 26. ¿Reconoce Dios las buenas obras de los incrédulos? Vemos en Hech. 10:2, Ef. 2:8-9, Tito 3:5, Is. 64:6, que es claro que los pecadores pueden hacer buenas obras, pero esas obras no son suficientes para lograr la salvación, y serán juzgados de acuerdo con esas obras que demuestran su incapacidad para estar a la altura de los

estándares justos de Dios (Ap. 20:12-13).

En cuanto a la justificación por obras, la supuesta contradicción entre Santiago y el apóstol Pablo es sólo aparente. Hay armonía entre los diferentes puntos de vista sobre el tema. Pablo tiene en mente la actitud de Abraham hacia Dios, su aceptación de la palabra de Dios. Esta era una cuestión conocida sólo por Dios. La epístola a los Romanos se ocupa con el resultado de esta actitud hacia Dios, no en el carácter o las acciones de Abraham, sino en el contraste entre fe y la falta de ella, es decir, incredulidad, Rom. 11:20. Sin embargo, Santiago (2:21-26) se ocupa con

Jóvenes, quiero salvarlos a todos de este dolor, si puedo. El infierno es una verdad conocida demasiado tarde. Sé sabio en el tiempo. Lo que se siembra en la juventud, debe cosecharse en la vejez. No des la temporada más preciosa de tu vida a lo que no te confortará en los últimos días de tu vida. Sembrad para ustedes mismos lo mejor en justicia: rompe tu dura tierra, y no siembres entre los espinos.

J. C. Ryle

el contraste entre la fe que es real y la fe que es falsa, una fe estéril y muerta, que no es fe en lo absoluto. Una vez más, los dos escritores tienen ante sí diferentes épocas de la vida de Abraham. Con Pablo, es el acontecimiento narrado en Gen. 15; con Santiago es Gen. 22. Contraste las palabras “creyó” en Gen. 15:6, y “obedeció” en 22:18.

La Rebelión y Restauración de Efraín

Sidney J. Saword, Venezuela, S.A.

En la profecía de Oseas, que se ocupa en gran medida con la rebelión y restauración del pueblo terrenal de Dios, vemos el nombre de Efraín apareciendo continuamente en forma representativa. La primera acusación solemne de Jehová es: “*Efraín es dado a los ídolos; déjalo*” (Cap. 4:17). ¡Qué fácilmente nosotros, los hijos de Dios, podemos ser desviados del camino de la devoción de todo corazón a nuestro Señor! Podemos compadecer a los paganos y a las multitudes católicas por sus prácticas desdichadas de inclinarse a ídolos mudos, pero, al mismo tiempo, ser nosotros culpables de permitir que alguna forma sutil de idolatría se interponga entre nuestras almas y Dios, robándole así Su lugar y Su parte. De ahí la necesidad de la ferviente amonestación del apóstol, enmarcada en términos tan entrañables: “*Hijitos, guardaos de los ídolos*” (1 Jn. 5:21).

El Señor, por medio de Su siervo Oseas, luego procede a acusar a Efraín de otro grave pecado, que constituye un desafío a nuestros propios corazones en el tiempo presente. El capítulo 5 va a fondo en el justo reproche de Dios contra Su pueblo rebelde, la culminación del cual es la retirada completa de la presencia Divina de ellos: “*Andaré y volveré a mi lugar, hasta que reconozcan su pecado y busquen mi rostro*” (v.15). Aquí vemos que la rebelión es dolorosamente costosa. Uno pierde la bendición de la comunión con el Señor.

La parte más trágica de la caída de Sansón fue que la influencia furtiva de Dalila sobre él fue tan efectiva que su conciencia de Dios se paralizó, y “*él no sabía que Jehová ya se había apartado de él*” (Jue. 16:20). Pero la subsecuente impotencia y la ignominiosa derrota de inmediato lo convencieron de este hecho solemne. Fraternalizar con el mundo, o complacer a la carne, del mismo modo harán insensibles nuestras susceptibilidades espirituales, de tal manera que también podríamos estar engañándonos a nosotros mismos en una pretendida comunión con Dios, ¡y todo el tiempo estar inconscientes de Su presencia apartada de nosotros! Pero la ceguera de Laodicea y la impotencia espiritual serán las evidencias

definitivas de nuestro verdadero estado con el sello de Dios de desaprobación sobre nosotros.

Una vez más tenemos la trágica historia del Rey Saúl, cuando su alejamiento de Dios terminó con la separación de Dios de él (1 Sam. 28:16). Cuando le preguntó a Dios sobre la batalla contra los filisteos, “*Jehová no le respondió*”. Si deseamos mantener comunicación con el “Cuartel General”, debe haber continuo auto-juicio, confesión y ajuste de nuestros caminos a la voluntad de Dios. “*Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado*” (Sal. 66:18).

Hay mucho más de Oseas respecto a Efraín que bien podría reclamar nuestra atención de oración, pero la falta de espacio impide meditar en ello en esta ocasión. Pasamos a la conclusión de la profecía, que constituye una ferviente súplica de Jehová a Su pueblo errante. “*Vuelve, oh Israel, a Jehová tu Dios; porque por tu pecado has caído. Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia; porque mi ira se apartó de ellos*” (14:1,4). Tal es el corazón de amor de Dios. Él los atrae con “*cuerdas humanas... con cuerdas de amor*” (11:4). ¿Somos conscientes de habernos apartado de corazón y de camino de Él? Prestemos atención a Su llamado que mueve el corazón, con la confesión humilde del pecado y el regreso sincero al camino que es agradable a Él.

Finalmente, ¡qué poderosa obra de Gracia sucederá en el corazón de Efraín cuando será capaz de decir: “*¿Qué más tendré ya con los ídolos? Yo lo oiré, y miraré; yo seré a él como la haya verde; de mí será hallado tu fruto*”! Es cuando nuestros oídos están ocupados otra vez escuchando Su voz, a través de Su Palabra; y nuestra visión espiritual, sin ofuscarse por cualquier objeto subversivo, se centra en Él con extasiada devoción, que habrá un retorno al primer amor, con su gozo resultante al corazón de Dios y la bendición en nuestras vidas. Así, el escritor de himnos ha expresado acertadamente la verdad de la cuestión: --

¿Lo has oído, lo has visto, lo has conocido,
No es tu corazón capturado?
Jefe entre diez mil lo apropian,
Gozosamente eligen la mejor parte.

¿Quién ha despojado la belleza aparente
De los ídolos de la tierra?
No un sentido del deber o de lo justo,
Sino la visión de incomparable valor.

Atrae y gana y llena por completo,
Hasta que la copa derrama el borde;
¿Qué tiene que ver con ídolos,
Quien ha estado junto a Él?

Retratos de Cristo en Isaías

Por J. Flanigan

“El Rey Guerrero”

El contraste entre Isaías 53 e Isaías 63 es como el contraste entre el Salmo 22 y el Salmo 24, y como el contraste entre Juan 19 y Apocalipsis 19. Es el contraste entre los sufrimientos de Cristo y la gloria que le seguirá. Isaías 63 abre con una simple (pero profunda) pregunta – “¿Quién es éste?” Es la pregunta que le hicieron cuando nuestro Señor estuvo aquí. Es la pregunta que le harán cuando Él regrese. Mientras Él entraba en la Ciudad en mansedumbre humilde, montando en un pollino, preguntaron “¿Quién es éste?” (Mateo 21:10). Cuando Él regrese otra vez a la Ciudad, se repetirá la pregunta, “¿Quién es éste?” (Salmo 24:8-10). Esta es la pregunta de ayer y la pregunta de mañana. Aquí, en el capítulo 63, Isaías anticipa el día del triunfo y vindicación del Mesías, y clama, “¿Quién es éste?”

El Conquistador está regresando de Edom y Bosra. En otros pasajes paralelos, será Meguido y Olivar. Pero no hay discrepancia. De Edom en el sur; de Meguido en el norte relativo; a través del Olivar, cerca del centro de Jerusalén, el Mesías marchará en triunfo. Esto está en perfecto acuerdo con Apocalipsis 14:20 – “*sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios*”. ¡Mil seiscientos estadios! ¡Doscientos sesenta kilómetros! ¡La longitud de la tierra de Dan y Beerseba! De Olivar a Meguido y de regreso a Edom Él marchará victoriosamente, y vencerá a Sus enemigos. En nuestro presente capítulo Él está regresando de Edom.

“¿Quién es este... con vestidos rojos?” ¡No debemos ser influenciados por un himno muy querido (Redemption Songs 704): sus sentimientos son conmovedoramente hermosos y su lenguaje insuperable! Pero su interpretación de Isaías 63 es una parodia. La sangre que mancha esos vestidos no es la sangre de la cruz. Es la sangre de Armagedón y Edom. No es Su propia sangre, sino la sangre de Sus enemigos. La tierra se ha convertido en un lagar. El juicio es una vendimia. Como las uvas son pisadas en un lagar, así nuestro Señor pisará a Sus enemigos cuando Él regrese en gloria. Como los vestidos de los que pisan las uvas en el lagar son salpicados con el jugo de las uvas pisadas, así Sus vestidos (en sentido figurado), serán salpicados con la sangre de sus enemigos aplastados.

Su vestido es hermoso. Todos sus vestidos tienen olor a mirra; siempre. ¡Qué vestiduras ha usado! Pañales en Su infancia; una túnica sin costura durante Su ministerio; el delantal de un esclavo en la última tarde en el aposento alto; una túnica escarlata de burla en esa última mañana; lienzos en la tumba. Ahora, una vestidura salpicada en sangre, que lleva el Nombre glorioso – “Rey de Reyes y Señor de

Señores”. Glorioso en Su ropaje, en realidad. Él marcha en la grandeza de Su poder. ¡En qué aparente debilidad lo vieron una vez en la cruz! ¡Un Carpintero crucificado! ¡Un Galileo clavado a un madero! Desde ese día de deshonra el mundo no lo ha visto. Ha estado oculto en los cielos. Un Rey rechazado. Un Soberano en exilio. Pero ahora Él regresa en poder. Su rechazo fue cruel e insensible. Su triunfo es justo. Esta es la reivindicación. Él es “*grande para salvar*”, Él, a quien le gritaron; “*Sálvate a ti mismo y a nosotros*”. Él, de quien dijeron, “*A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar*”. Él viene para la liberación de Su pueblo remanente, Él viene a emancipar la tierra y hacerla Tierra de Emanuel en verdad (Isaías 8:8).

Observe la “soledad” del Conquistador. “*He pisado yo solo el lagar*”. Con qué frecuencia estuvo “solo” aquí en la Tierra. Estuvo “solo” en la oración (Mateo 14:23). Estuvo “solo” en el servicio (Marcos 4:10). En la singularidad de Su Filiación también estuvo “solo” (Lucas 9:18,36). Y estuvo “solo” en el sufrimiento (Juan 16:32). Aquí en Isaías 63 está “solo” otra vez. Sólo Él pisa el lagar. Sólo Él hollará a Sus enemigos en justo furor. Sólo Él logra la liberación de su pueblo asediado.

El día de la venganza ha llegado. Con qué gracia, al inicio de Su ministerio, nuestro Señor había cerrado el libro en Nazaret al leer Isaías 61. Él no anunció entonces el día de la venganza. Era el año de buena voluntad que Él estaba introduciendo. Era un día de gracia. Apropiadamente, Él había cerrado el libro. Pero en el capítulo 63 es diferente. Es el día de venganza ahora.

Actualmente, las naciones están siendo preparadas para ese día. Moralmente, políticamente, religiosamente y comercialmente, el mundo está siendo moldeado para la llegada del Hombre de Pecado y para los días de tribulación. No buscamos señales, pero las señales están ahí, podemos verlas. Moralmente, las condiciones recuerdan a Sodoma y Gomorra. Políticamente, las sombras son grandes. Los reinos de Europa, con los movimientos en Israel y el Medio Oriente, todo apunta al fin de los tiempos. Religiosamente, las profundas sombras oscuras son igual de grandes. El Ecumenismo y la confusión Carismática hace fácil pensar que el día no está distante. Comercialmente también, las fusiones, las corporaciones gigantes, y los monopolios del mundo de los negocios son preparaciones adecuadas para la Dictadura que está por venir. Un hombre aceptará del Diablo lo que Jesús rechazó (Mateo 4:8,9; Apo.13:2b). Los reinos de este mundo estarán dominados por un súper hombre satánicamente inspirado. Muchos de Israel doblarán la rodilla ante él y recibirán su marca. Muchos de los fieles serán martirizados. Un remanente de Israel será atrapado, y parecerá como si fuera a ser destruido. Pero el Libertador vendrá.

Armagedón parece ser el lugar donde los ejércitos se reúnen. Los ejércitos de la Bestia y de la gran Confederación del Norte; los Reyes del Oriente y el Rey del Sur, todos se reunieron. De repente, gloriosamente, aparece la señal de la venida del Hijo del Hombre. Los que son enemigos unos de otros se convierten en aliados entre sí en común enemistad contra el Cordero. ¡El Señor viene! Él los aplasta a todos. La Bestia y el falso Profeta son tomados personalmente y arrojados vivos al Lago de Fuego. Qué triunfo. Qué gloria. Qué victoria. Bien podía Isaías clamar, “Quién es este... con vestidos rojos...hermoso en Su vestido...que marcha en la grandeza de Su poder... ¡grande para salvar!”.

(De “Testimonio de la Asamblea”, Ene-Feb. 1989)

El Obituario de Moisés

J. E. Todd

Hay aliento espiritual que se encuentra en las columnas de obituarios de las revistas cristianas. Leemos de largos años de fidelidad al Señor, de las obras realizadas y logradas en Su nombre. Surge la pregunta, ¿qué será valioso en mi vida cuando sea revisada al final?

El obituario de Moisés (Deut. 34:1-12) proporciona un modelo de cómo debe leerse un obituario de un cristiano. ¡Pero las palabras no se pueden escribir si las obras no se hacen!

Moisés disfrutó la bendición suprema que está abierta a un ser humano en esta vida. No sólo vio revelarse los propósitos de Dios, sino que también jugó un papel práctico en estos propósitos. Mientras Moisés miraba la tierra de Canaán desde la cima del Monte Nebo (v.1-4), se dio cuenta que Dios estaba a punto de cumplir Su promesa a Abraham, dándole esta tierra a sus descendientes, la nación de Israel. Moisés también tuvo la satisfacción suprema de saber que había sido un instrumento divino para llevar a la nación a los bordes de esa tierra. Esta bendición está abierta a todos los cristianos. Estamos en la feliz posición de ver que se cumplen los propósitos de Dios. ¿Es nuestro el gozo presente de saber que somos usados activamente por Dios en esta obra, ayudando a difundir las buenas nuevas de salvación eterna?

Pero Moisés no fue perfecto. “No pasarás allá” (v. 4). A causa de su pecado en el desierto de Zin, Moisés fue descalificado para entrar en la tierra prometida (Num. 20:1-13). Moisés pudo haber sido usado por Dios para guiar a Israel en la tierra. Pero la utilidad de Moisés a Dios, grande como lo fue, se redujo por el pecado. Debemos tener

cuidado que el pecado no limite nuestra utilidad en las manos de Dios. Recuerde, no fue el punto más débil de su carácter en el que falló Moisés, sino en el punto más fuerte. Fue el Moisés que “*era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra*” (Num. 12:3), el que perdió los estribos en el desierto de Zin. ¡La provocación extrema no era excusa!

“Era Moisés de edad de ciento veinte años cuando murió; sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor” (v. 7).

Moisés disfrutaba visiblemente las bendiciones de Dios que él dispensó a los demás, porque él había bendecido a la tribu de Aser así, “*Y como tus días serán tus fuerzas*” (Deut. 33:25). En el Nuevo Testamento no se le promete al cristiano una buena salud física en la vejez, pero las Escrituras prometen otra clase de buena salud todos los días de nuestras vidas. Juan escribió a Gayo, “*Que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma*” (3 Juan 2). Es el evangelio que trae el brillo de la buena salud espiritual al alma, incluyendo el gozo de la salvación (1 Ped. 1:8-9), la paz de Dios (Fil. 4:7) y la esperanza de la vida eterna (1 Juan 5:11-12). ¿Como cristianos proclamamos el evangelio a un mundo sin gozo, atribulado y sin esperanza, mostramos las bendiciones de las que hablamos? Como los de la tribu de Aser miraron a Moisés, tan vigoroso en su vejez, la bendición que anunció era creíble. ¿El mundo ve en nosotros, como cristianos, el gozo y la paz y la esperanza que están contenidas en las buenas nuevas que proclamamos? ¿O hay una brecha de credibilidad?

“*Y lloraron los hijos de Israel a Moisés en los campos de Moab treinta días*” (v. 8). La pérdida de Moisés fue sentida profundamente. Era obvio para todos que aquí había un hombre cuyas palabras y acciones habían tenido un gran efecto práctico para bien en las vidas de sus compañeros israelitas. Ellos no sólo perdieron a Moisés, sino que también perdieron sus indispensables buenas obras. ¿Con amables palabras y actos de servicio tenemos un impacto para bien en las vidas de nuestros compañeros cristianos? ¿Nuestra pérdida sería profundamente sentida en nuestra asamblea? ¿Ellos llorarían?

La calidad del liderazgo de Moisés se muestra en su provisión del siguiente líder de Israel después de su propia muerte, en la persona de Josué (v. 9). Esto revela la profunda preocupación de Moisés por el bienestar de Israel, aún cuando él no estaría más con ellos. También es la medida de su verdadera grandeza. Porque Moisés no quería ser el “gran” líder de Israel, lejos del deseo de poder, sino a causa de su celo por el honor de Dios y por el bienestar de su pueblo. ¿Por qué asumimos que el servicio cristiano, ya sea en una capacidad de liderazgo o no, es para satisfacer a nuestro ego (el deseo de poder es el deseo más sutil de la carne), o está lejos del genuino amor por el Señor y su

pueblo?

Moisés también rindió a Dios el servicio de un profeta (v. 10). Su deber como profeta era transmitir al pueblo de Israel la verdad acerca de Dios, porque Moisés conocía a Dios “cara a cara”. ¡Pero todo creyente ha conocido a Dios “cara a cara” con una visión mucho más clara que la que conoció Moisés! *“Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”* (2 Cor. 4:6). En Cristo hemos llegado “cara a cara” con la gloria de la gracia de Dios. ¿Estamos sirviendo a Dios como Sus profetas, proclamando el evangelio de la gracia de Dios a un mundo perdido?

Moisés tuvo la mejor educación de las universidades de Egipto (Hechos 7:22), también tuvo una gran autoridad otorgada por Dios, pero maravillosas como fueron estas cosas, Moisés sabía que no había sustituto para el trabajo duro. *“Todas las señales y prodigios que Jehová le envió a hacer... y en los hechos grandiosos y terribles que Moisés hizo”* (v. 11-12). Moisés usó el poder que Dios le dio hasta el límite máximo, lo usó en la ejecución de HECHOS. ¿Qué hacemos? Podemos ocupar nuestras mentes con nobles pensamientos y propósitos. Pero, ¿qué hacemos? Dios nos ha dado poderes, inteligencia, tiempo, salud, energía, riqueza y educación. ¿Estamos usando estos poderes al máximo buscando los propósitos de Dios? Moisés fue sobre todo un hombre de ACCIÓN, su recuerdo más perdurable fue lo que HIZO.

Tal vez nuestro propio obituario nunca será publicado en una revista cristiana. Sin embargo, una cuenta de nuestras vidas será presentada con mucho más detalle en el tribunal de Cristo (2 Cor. 5:10; 1 Cor. 3:11-15; Rom. 14:10-12).

¿Cómo se leerá la cuenta?

(Testimonio de Asamblea, Ene/Feb 1980)

La Obra Muestra de da Vinci

Juan V. Galdámez Palma

Aun cuando Leonardo da Vinci pintó también *La Gioconda*, generalmente se considera que su obra maestra fue el cuadro de *La Ultima Cena*. Él tardó seis años en hacerlo. El artista da Vinci (1452-1518) necesitaba y buscaba a uno que le sirviera de modelo para dibujar a Cristo. “Debo encontrar un hombre joven de vida pura,” dijo, “antes de reparar en la cara que necesito.” Alguien le habló de un joven corista de una de las iglesias de Roma, que era sano en su vida y bello de rostro. Cuando el artista lo vio, exclamó maravillado y gozoso: “¡Hasta que al fin encontré la cara que necesitaba!” Y así Pietro Bandinelli posó como

modelo para pintar al Señor Jesús.

Pasaron años y el cuadro de *La Ultima Cena* aún no había sido terminado. Todos los discípulos habían sido dibujados excepto uno, Judas. Había tratado da Vinci de imaginarse la cara del traidor y grabarla en el lienzo, pero esto no le satisfacía. “Debo encontrar un hombre,” dijo, “cuyo rostro haya sido endurecido y desfigurado por su misma degeneración; uno en cuyas facciones se muestren los estragos de un mal vivir y de un corazón impío.”

Al fin un día en una de las calles de Roma encontró un infeliz mendigo, sucio, andrajoso y mal oliente; lo llevó a su estudio y le sirvió de modelo para pintar el rostro de Judas. Una vez terminado el trabajo, el artista le preguntó: “¿Cómo se llama usted?”

“Pietro Bandinelli,” respondió, “yo también le serví de modelo para dibujar a Cristo.”

¡He aquí la obra del pecado! El pecado arruina y afea a la persona. Pero aunque no todos hayamos alcanzado ese grado triste de degeneración como Pietro Bandinelli, el hecho es que el pecado ha separado a la humanidad de Dios, y la ha hundido en un abismo de ruina y muerte espiritual.

“El pecado entró en el mundo por un hombre,” dice Dios, *“y por el pecado la muerte; así pasó a todos los hombres, pues que todos pecaron.”* Y *“por cuanto todos pecaron, están destituidos de la gloria de Dios,”* Romanos 5: 12; 3:23.

Pero la obra de Cristo es restaurar al pecador; para eso vino del cielo, murió en la cruz y obró la redención para *“deshacer las obras del diablo, y salvar lo que se había perdido”*. Cristo no sólo salva al hombre (y a la mujer) de las consecuencias del pecado o sea el infierno y la condenación, sino también lo libra del poder del mismo pecado y del dominio de las pasiones; lo imparte su misma vida, lo restaura a la comunión con Dios, y con su gracia lo capacita para vivir una vida digna, santa y feliz en este mundo.

Pues *“si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas,”* 2 Corintios 5:17.

Amigo lector, Cristo puede y quiere restaurarte a ti también, aun cuando seas una persona sana y digna moralmente; por medio del Espíritu Santo quiere regenerar tu corazón. El Señor quiere salvar tu alma, con su sangre borrar tus pecados, hacerte andar en “novedad de vida”, y concederte la gracia de vivir para Él, dando testimonio de su amor y de su poder. Recíbelo pues, en tu corazón como tu único y personal Salvador.